

Fernando Uriarte

## Zunzunegui, propósito y ejecución



A primera obra del escritor bilbaíno Juan Antonio de Zunzunegui (*Vida y paisaje de Bilbao*, imprenta Comercial, 1926) trae en su prólogo una reveladora promesa, que al cumplirse, en el transcurso de posteriores publicaciones, nos deja la certeza de que este escritor llevaba y lleva a las letras españolas un plan ya decidido de creación, que imprime una clara dirección a su obra y una suerte de destino literario a su vida de novelista.

El prólogo aludido, inserto al frente de su primera obra, un libro de cuentos, contiene la declaración decisiva: “una de estas noches claras de estío, en que la brisa melindrea y no sopla, he sentido pasar por mi alma todo el paisaje agrio y fuerte de nuestro pueblo...”, y agrega: “yo aquella noche retuve para guardarlo en el pecho este nuestro. No sé si algún día acertaré a devolvérosle...”

Zunzunegui, diecinueve años después, con la publicación de *¡Ay... estos hijos!* y *El Barco de la Muerte*, clausura el ciclo que le impusiera su promesa inaugural. Los innumerables cuentos que se recogen en *Vida y paisaje de Bilbao*, *El Binomio de Newton* y *Cuentos y patrañas de mi ría*, reflejan suficientemente las cualidades más características de su estilo y de su técnica.

El estilo desborda un goloso barroquismo verbal y una insaciable acumulación de metáforas, algunas plenas de belleza, colo-

readas y audaces las más, que en su incesante aparecer nos van recordando, nítidamente, el manguerazo metafórico de Ramón Gómez de la Serna. Este estilo evolucionará con el tiempo hasta alcanzar una mayor sobriedad y dureza sin perder el arranque inicial. La técnica, en cambio, se mantiene invariable hasta la última novela, como suele suceder en los escritores importantes. Persigue Zunzunegui un nudo temático simple, que pendula entre la acción real objetivamente observada y el largo comentario que el autor interpola para traducir los contenidos psíquicos y vitales, obteniendo así una acción explicada que suele dignificarse con los reflectores de su alta cultura artística.

Zunzunegui nació hecho y derecho como cuentista. El tema de Bilbao, ciudad, paisaje y gente, encontró en él al bardo idóneo que junto con cantarlo de arriba abajo, obtiene para su lustre personal una alta fama de maestro del cuento, para nosotros el mejor de España. Esta perfección tan señera en el relato corto se dejó sentir negativamente en las novelas del primer ciclo. *Chiripi*, que describe la vida de un futbolista de Bilbao, a pesar del perfecto conocimiento de los secretos de un club de fútbol y de la trastienda de un deportista que exhibe Zunzunegui (en alguna parte hemos leído que el autor fué alguna vez un mediano delantero centro), nos parece una novela entrecortada, sin fluidez, constantemente amenazada por el relato corto e intercalado. *El Chiplichandle*, novela substancial de la ría, consumada en la observación de lo popular y *El Barco de la Muerte*, espléndida visión del emigrante y su retorno, con esa curiosa y original perspectiva de la vida sudamericana, brillante novela, desigual, un poco agridulce, deleitándose en detalles macabros, constituyen el primer molde de prueba del novelista que empieza a olvidar el cuento manteniendo siempre el estilo ampuloso y la técnica invariable. El momento culminante de este período estrictamente regional de Zunzunegui se alcanza con la aparición de su novela autobiográfica *Ay... estos hijos* (ediciones Destino, Barcelona, 1943). Esta obra además de filiar un personaje representativo como Luis Larrínaga, completa y repasa todo el

mundo de la novela regional programada, enriqueciendo algunos detalles como los que atañen a la vida de la clase alta de Bilbao y a la existencia estudiantil de esta misma clase en Deusto. Supone, además, el primer avance serio y prometedor del próximo novelista nacional que *Ay... estos hijos* anuncia.

Ahondar más al fondo de esta fauna literaria no es asunto que se propone este trabajo; en otra ocasión ya hemos hecho el examen particularizado de cada una de estas obras. Tienen todas un íntimo parentesco, se rigen por un apriorístico programa director; de su rico contenido pasan a la etapa posterior y culminante del novelista los rasgos primarios, ya observados, la esencia de su estilo, su técnica fija, sus hombres disminuídos, distanciados de lo heroico, sus mujeres...

Las mujeres de Zunzunegui componen una soberbia galería de intensa humanidad.

Enrolado al elenco de varones indecisos, casi siempre perdedores, muchas veces mediovalientes, muchas veces mediocobardes y aletargados, proclives a conformarse con los últimos lugares, mediocres en lo moral, va esa fuerza estupenda de las novias, madres, modistillas y queridas, que subraya el autor en la vida vascongada. En ellas todo es sano, apto, vital, tranquilo e indómito a la vez.

En cada lance de la vida, la mujer hará sin aspavientos lo necesario, mientras el hombre escamoteará el instante aciago. Este curioso contraste se acentúa en las últimas producciones adquiriendo categoría de norma invariable.

En la que podríamos llamar segunda época literaria del autor se trata de integrar en lo nacional la cuantiosa vida provinciana observada. Esta ampliación del panorama impone al novelista la necesidad de un cambio de postura y de influencias.

Veamos como procede.

En tres novelas largas (*Ay... estos hijos*, *Las ratas del barco* y *La quiebra*, dos tomos), nos enseña claramente el esqueleto de su acción novelesca, el sentido general de su obra y, también, esa martingala secreta que posee todo novelista de significación.

En las tres novelas largas citadas, se anda un mismo camino; lo recorren una y otra vez hombres de parecida condición, codiciosos o vagamente desazonados, que consiguen remontar, sin mucho brillo, la curva inevitable de un normal descalabro. El personaje básico, un tipo real de la vida española que el autor pone al frente de la caravana novelesca es el mismo, llámese Luis Larrínaga, Ramón Aguirre o Ismael. Es el primogénito bilbaíno rico, sin gran voluntad, medianamente culto y acostumbrado a una vida sin deberes apremiantes. Larrínaga, individuo de mayor relieve, logra dar a su vida un cierto rango representativo. Paralelismo y similitud vital en todos ellos, hasta para el amor. En este orden revela Zunzunegui muy claramente su costumbre de novelador. En el estrecho cuadro social del Bilbao, constituido por clases herméticas que se regulan por el dinero y la posición, produce el autor el primer amor de sus hombres claves, mediante el deslumbramiento súbito al que siguen vacilaciones e inhibiciones morales.

Elabora minuciosamente las situaciones con una honradez poco frecuente en otro novelista español y consigue retratar la pareja y gris realidad cotidiana que empuja dolorosamente a Beatriz o a Carmen a la vida entretenida y baldía de la querida guapa. Estas bellas mujeres que, plenas de fuerza sentimental, exhiben un brío resignado que no declina jamás.

Lo que aconteció entre 1914 y 1938 (primera guerra Europea y guerra civil española) en el área peninsular, fué parcialmente abordado por Baroja.

*La familia de Errotacho, El Cabo de las Tormentas, Locuras de carnaval y Laura o la soledad sin remedio*, reflejan la máxima elasticidad visual de un escritor que limita con las dificultades finales impuestas por su generación. Don Pío "barojiza" personajes y se los lleva secuestrados a la provincia donde gobierna su genial sensibilidad.

Hombres más jóvenes, de otra hechura, más que observadores eran los protagonistas de estos veinticinco o treinta años, y estos hombres llevaban, entre otras cosas, sus propios novelistas.

Contemporaneidad y coetaneidad son las categorías que traducen las diferencias.

Los grandes acontecimientos españoles fueron extraterritoriales en el gran tiempo de Baroja y la ausencia de una fuerte realidad permanente le llevó a la invención de un mundo novelesco. De ahí que sea él un novelista puro. El desastre de Cuba era un desastre, pero a muchas leguas de distancia. Buscó Baroja entonces su asunto en el siglo diecinueve, en las guerras napoleónicas y carlistas, y tuvo que montar el más notable tinglado imaginativo de la novela contemporánea, abordando genialmente la escenificación inmensa de acciones, personajes y ciudades del reciente pasado histórico. Acude a la historia don Pío para arrancarle toda la aventura y el riesgo que tan de tarde en tarde le ofrecía su propio tiempo.

A Zunzunegui, a Barea, a Carmen Laforet, los acontecimientos les vienen a golpear el domicilio. Criaturas que alteran el curso de su vida, cambian de costumbres, huyen o simplemente perecen al chocar con ellos. La guerra de España los ha estado esperando para la gran torcedura. Las criaturas de Zunzunegui recorren un camino esquemático. Nacen y empiezan a vivir en el norte, de preferencia en Bilbao. La capital de Vizcaya es una especie de resumi-dero septentrional. En la ría, en las fábricas de su radio urbano buscan trabajo y vida las gentes de Burgos, Rioja, Santander y Asturias. Es, en pequeño, este puerto del norte un centro de ibero cosmopolitismo.

Zunzunegui ama el hálito brioso de su ciudad natal. Poetisa constantemente su luz, sus mañanas, su aire marino, la fuerza industrial de la ría, el desencanto de los largos días de lluvia, el trabajo silente y oscuro del angulero en la alta madrugada. De sus barrios salen Beatriz y Carmen, Ramón e Ismael y los demás. Bilbao se produce tranquilo y seguro, no muy brillante pero sin grandes decepciones.

Unamuno le dedicó a este pueblo una novela famosa: *Paz en la guerra*, y en ella un elogio a su heroísmo municipal de villa libertaria: "¡Imposible! Se exclamó al recibir la noticia de la toma

de Portugalete. Don Juan llegó a su casa aplanado. Quedaba Bilbao como un islote, separado del mundo, una vez tomado el guardián de la entrada de su ría Y al verse la villa sola, irguió cabeza, respiró con fuerza, y un aliento soberano le llenó el alma. ¡Adelante! ¡Viva la libertad!” (página 140. Colección Austral, Espasa Calpe, Argentina).

Circunstancias imprevisibles, sucesos de “la vida ordinaria de Bilbao, tejiendo en su lento telar su infinita trama” (Unamuno) hacen que la gente de Zunzunegui tome el camino de Madrid.

A veces algunos vuelven y la ciudad se les aparece como el propio hogar:

“—Cuando llego a Bilbao me da la impresión de estar en casa.

“—Una casa un poco negra y llena de humos.

“—Sí, pero una casa cómoda, aunque algo destartada, en la que una ha pasado ratos agradables.

“—Es verdad, venga de donde venga, a una le da la corazonada de que aquí va a reposar entre cosas no brillantes, pero cómodas y habituales.

—A mí, ver la ría con los barcos, me abre como una veredita de agua en el pecho...” (*La Quiebra*, t. II, pág. 198).

Iniciado en lo regional con promesa solemne, afronta la superación de sus primeras viñetas y cuentos en el campo más difícil de la novela nacional. El primer regionalismo original no es estéril, sin embargo, ya que de él nacen otros libros que lo continúan con acentuado particularismo como *La Nueva Vida de Pedrito de Andía*, de Rafael Sánchez Mazas, novela de carácter vasco y sintaxis incorrecta que, utilizada deliberadamente, alcanza un curioso valor. La insistencia visible de este libro en la evocación de un aristocrático ambiente aldeano y la sobrevaloración del recuerdo como categoría literaria, con sus rodeos estilísticos y tiernas reminiscencias, hacen de Rafael Sánchez Mazas un pequeño Proust de Vizcaya.

El nomadismo peninsular de riojanos y asturianos, de gallegos y castellanos, de vascos de todos los rincones impone a Zunzune-

gui, leal seguidor de su gente, la obligación de hacer novela madrileña.

En la capital de España la referencia inmediata de esta literatura es Galdós. El Madrid de Zunzunegui, estremecido por la vivacidad de la vida contemporánea, es primeramente galdosiano y se patentiza en su mejor novela: *El supremo bien*. Más adelante pierde un poco de vista la muleta del gran escritor canario y vierte, por su cuenta, en *Esta oscura desbandada* (Aguilar, 1952), los estremecimientos del Madrid actual con toda la sorprendente riqueza de matices que suele captar su retina dura y objetiva. En la tarea de novelar todo lo que de vida rota, vicio y miseria, rezuman ciertos retazos de la vida de Madrid no va en zaga Zunzunegui a Camilo José Cela.

*La Colmena*, gran novela de señorito listo y con garra, es más literaria que *Esta oscura desbandada*. Sumadas constituyen el más expresivo cuadro de la vida española de hoy.

Melancólica ciudad es Madrid para las criaturas de Zunzunegui. La juventud se deshojó en la lejana provincia. En la capital les espera un pasar anónimo, sumergido en el millón de habitantes. La ciudad de la meseta castellana viene a ser, también, el puerto de derrota. Un poco "tronados" van y vienen a Bilbao algunos, otros se contentan con recordarlo. De la ciudad sonriente, saturada de plenitud burguesa, de Galdós no queda sino una gran escombrera de vidas náufragas que es el Madrid de Zunzunegui.